



EL MENTOR DE LA INFANCIA.



TESTALUNGA.

ERA la caída del día, y gruesas nubes que partían de los estados romanos se adelantaban impulsadas por un viento tempestuoso hacia la ciudad de Nápoles, y amenazaban reventar en el camino, é inundar la hermosa pequeña ciudad de Terracina, situada sobre los confines de los dos territorios.

Gruesos goterones de agua empezaban ya á caer, seguidos de algunos truenos sordos y lejanos, cuando la campana de un monasterio de benedictinos sonó para llamar los habitantes á la oracion.

Este monasterio se reputaba ser uno de los mas ricos de la Italia, y aquel en que los niños recibían mejor educacion, y por eso de las ciudades mas lejanas, los padres enviaban allí sus herederos, y Roma y Nápoles habian confiado los hijos de las familias mas ilustres y las mas ricas. En fin, en aquel tiempo, os hablo de ahora treinta años, amiguitos míos, era del mejor buen tono decir: *he hecho mis estudios en el convento de Terracina.*

Así que aquella tarde los niños reunidos en la iglesia despues de la oracion hablaban unos con otros en voz baja, interrumpiendo la conversacion de cuando en cuando para echar miradas llenas de temor hacia las vidrieras de colores que la lluvia azotaba con violencia, que los relámpagos inundaban de claridad.

—Qué tiempo tan cruel! dijo el pequeño Julio, hijo de la princesa romana Albertini!

—Si uno de nosotros contase una historia para distraernos un poco de esos espantosos truenos que me causan miedo, dijo Bianco, huérfano y heredero de una gran fortuna, así como su hermano, dos años mas jóven que él.

—Yo sé una, dijo el hijo del virey de Sicilia, una que os vá á divertir mucho; es la historia de *Testalunga*, el famoso vándolero.

—Qué viene á ser ese Testalunga? preguntó Cayetano, el hijo de un rico joyero napolitano.

—Es uno de los hombres mas extraordinarios del mundo, dijo Leopoldo: lo primero, como su nombre os lo indica, tiene una cabeza tan larga, tan larga....

—Como la del hermano Esterno, el portero, interrumpió Mosé, el hermano de Bianco.

—¿La has visto tú? preguntó un nuevo pensionista, que hacia poco habia llegado de Roma.

—Yo estoy vivo, Marini, no es verdad? respondió Leopoldo, luego es una prueba que no la he visto.

—Cómo, su vista mata? preguntó Bianco ya todo pálido.

—Como el rayo; deja muerto en el acto, dijo Leopoldo con firmeza.

Un violento trueno interrumpió de pronto la charla de los estudiantes, y los dejó mudos: Bianco, que volvió casualmente sus miradas hacia un pilar de la iglesia, dió un gran grito.

—Qué es eso? dijeron todos los niños levantándose.

—Soy yo, chicos míos, dijo una voz meliflua detrás de ellos; y un hombre con el hábito de los hermanos de la casa salió de detrás de la columna donde estaba arrimado escuchando.

—Qué miedo me habeis causado, hermano Esterno, dijo Bianco riéndose de su temor, os creí al principio *Testalunga*.

—Testalunga!... repitió el portero dando un paso atrás.

—Sí, dijo Bianco, un atrevido vandolero con el cual Leopoldo nos aturde los oídos hace dos horas.

—Bah! dijo Esterno, todos esos son cuentos.

—Vos sí que sois un cuento, replicó Leopoldo irritado; cuando os digo que es cierto, y que mi padre ha ofrecido cien escudos á aquel que diga solamente donde está.

—La tempestad se calma, dijo el portero, la campana va á llamar muy pronto á cenar: á aquellos de vosotros, hijos míos, que quieran venir á buscarme á mi cuarto, les contaré bellas historias, y sobre todo más verdaderas que la de Testa.... Como has dicho, Bianco?

—Testalunga, dijo Mosé: ah! tanto mejor, porque tú sabrás, hermano Esterno, que no me gustan los bandidos.

La campana de la cena hizo cesar la discusión; entonces la tormenta se había serenado del todo, mas como la yerba estaba muy húmeda para dejar á los niños ir á jugar al jardín, se separaron en grupos por el corredor, los patios, y las celdas particulares de algunos educandos privilegiados.

El mismo grupo que ya conocéis habiéndose reunido en la de Leopoldo, un poco mayor que la de sus vecinos, la misma conversación se continuó.

—Yo detesté ese portero, dijo Julio; tiene un aspecto tan gazmoño!

Y además las singulares preguntas que os hace! añadió Julio. Tu madre es muy rica? dónde vive? cuántos criados tiene? En fin no ha llegado á preguntarme la semana pasada dónde tenía mi madre guardadas sus joyas?... que le importa á él? veamos.

—Sin embargo, no tienes que quejarte de él, Julio, dijo Bianco amenazándole con el dedo, pues el domingo último has entrado un poco tarde, y lo ha ocultado al superior.

—No por falta de ganas.

—Y qué era lo que le impedía hablar?

—Su patron. Se lo rogué por San Antonio, y noto que cuanto se le pide por este santo lo concede todo, todo.

—Y además ese modo de entrar en el convento, que ha sido tan misterioso, dijo Leopoldo.... Según mi parecer el superior no ha dado en eso prueba de prudencia.

—Con que no hay mucho tiempo que está aquí? preguntó Marini.

—Seis meses solamente, amigo mío, dijo Leopoldo; y tú que tendrás pronto doce años, que eres racional, vas á decir si tengo razón: imagínate que era una noche más oscura que boca de lobo: el hermano Fabiani, el anterior portero, estaba malo: en esto se oyen junto á la portería unos gemidos: se acude á ver, y se encuentra á un hombre que parecía desmayado; se le hace en-

trar; se le socorre; mas se le pregunta su nombre y no lo dice, respondiéndolo solo que pertenece á una familia arruinada.

—Pienso también, Marini, que el pobre Fabiani muere aquella misma noche, y lo que hay de mas extraordinario, es que este hombre, que no quiere decir su nombre, pide la plaza de portero, y se la conceden.

—Ah Leopoldo, dijo Bianco, olvidas decir que primero se habia confesado con el padre Domingo, y el padre ha dicho que la confesion del hermano Esterno era la de un santo, de un ángel.

—De un santo! de un ángel! replicó Leopoldo; no conozco ángel ni santo que no tenga un nombre conocido.

—Y bien: no se llama el Esterno?

El reloj del convento, que dió las diez, interrumpió una réplica un poco viva de Leopoldo.

—Haceis tanto ruido, señores, dijo Julio, que no hemos oido la campana para acostarnos, y hay media hora que suena: hemos quedado bien ahora!

Al decir estas palabras se adelantó hácia la puerta de la celda, y trató de abrirla dos ó tres veces, mas en vano.

—Cosa singular, dijo Leopoldo, su defecto es estar demasiado corriente; déjame á mí que me conoce, Julio.

—Silencio pues, señores, dijo Leopoldo con aire consternado, estamos encerrados!

—Encerrados! repitieron todos amedrentados.

—Oh! Dios mío! escuchad pues, repuso Leopoldo, la lengua entorpecida con el miedo.

Todos los niños guardaron silencio, y entonces oyeron claramente pasos de hombres que subían por las escaleras, y se adelantaban con precaucion por el corredor. Leopoldo apagó su lámpara; los pasos se acercaban siempre, y la oscuridad redoblaba su temor; todos los niños retubieron su respiracion para escuchar mejor y no descubrirse.

Los hombres pasaron sin detenerse delante de la puerta de la celda de Leopoldo, y ya los niños empezaban á respirar enjugando el sudor que cubría su frente, cuando el ruido agudo que produjo un objeto cayendo sobre el mármol de los corredores, los hizo temblar.

—Es una arma! dijo Julio en voz baja.

—Calla, pues, le dijo Marini al oido.

Decir la ansiedad de aquellos niños, es cosa que sería difícil describir; en pié con el oido aplicado á la puerta y á la pared de la celda, escuchaban temblando aquellos pasos de hombres que resonaban por los largos corredores, que se alejaban bajando, ó que volvían á subir los escalones.

Y no poder huir, escaparse, ir á ocultarse en algun sitio retirado del jardin, ó en los sótanos, ó en la iglesia! Pero, ay! la

puerta está cerrada y bien cerrada por fuera: la ventana está á cuarenta pies de altura, y además guarnecida de gruesos barrones de hierro.

De pronto, un gran ruido rompió por todos lados: eran como sollozos comprimidos, como gritos ahogados, despues rodaban muebles, cofres; luego se oían voces sofocadas gritar *ladrones! ladrones!* y las pisadas redoblaban, y á todo esto se mezclaban juramentos con un acento que ninguno de los pobres niños reconocía.

—Oh madre mía! te volveré á ver? dijo Julio sin poderse mantener sobre sus piernas.

—Padre mio, padre mio! dijo Leopoldo apretando los dientes.

—Virgen Santa! protegednos, dijo Marini poniéndose á rezar.

Al mismo instante y de un puntapié se abrió la puerta de la celda de Leopoldo, el cuarto se llenó de hombres armados, y antes que ninguno de los niños hubiese tenido tiempo de llamar, de gritar, y de mirar solamente á sus raptos, deslumbrados como estaban por los rayos brillantes de la luz que sucedía á la oscuridad, se encontraron tapada la boca, bendados los ojos y cada uno en hombros de un hombre que los conducía fuera del convento; luego, sentados en breve en el cuello ó la grupa de un caballo, fueron transportados á galope tendido sin saber á donde.

El día siguiente por la mañana, un paisano que venía todos los días á traer la leche al convento, encontró con grande admiración la puerta principal abierta, y la gran llave en la cerradura; entró y oyendo gritos ahogados, se apresuró á ir abriendo todas las celdas que se encontraban á su paso; así libertó á cada uno de los buenos padres que encontró con la boca tapada y atados fuertemente á un clavo clavado en la pared. Luego que se vieron libres, los desgraciados benedictinos corrieron al dormitorio, á las celdas particulares, á la iglesia, á los sotanos, á los graneros, por todas partes gritando, llamando á cada niño por su nombre. Ay! ninguno respondió, no se encontró uno: el desconsuelo de aquellos buenos padres llegó á su colmo.

Algunos monjes viejos se apresuraron á ir á visitar el tesoro del convento. Todo había sido robado.

Se preguntó con angustia por el portero, el portero! el hermano Esterno.

El hermano Esterno había desaparecido.

Habían conducido á los niños á las montañas, y al día siguiente al amanecer se les hizo comparecer ante el jefe.

Este jefe tenía un aspecto tan espantoso, parecía tan grande, cubierto con un sombrero adornado de siete ú ocho grandes plumas encarnadas; tenía unos vigotes tan negros, patillas tan espesas, y además puñales, pistolas al rededor de la cintura, un sable tan grande en sus disformes manos, que ni uno de aque-

llos infelices niños osó mirarle de frente. Pero el malvado fijó sobre ellos sus dos grandes ojos negros, y luego con voz gruesa, muy gruesa, los llamó á cada uno por su nombre, lo que admiró mucho á aquellos pobres chicos.

Después les hizo escribir á cada uno particularmente á sus padres ó á sus tutores una carta en estos términos:

«El 10 de setiembre próximo, á media noche, depositareis á los pies de la sierra, situada en los confines del territorio romano y del territorio napolitano, la suma de.... (la suma variaba según el rango y la riqueza de aquellos á quienes se escribía). Si dudais, si se vislumbra la menor señal de traicion, en el mismo instante vuestros hijos son degollados.

«Sabeis que cumplimos vuestras palabras.» Y el malhechor firmó él mismo: TESTALUNGA.

Haciendo justicia á los bandidos de aquellas regiones, les sucedía frecuentemente hacer semejantes tratos, y jamás faltaban á su palabra; á la hora señalada, el niño era restituido ó muerto, no había medio. Todos lo sabían; así bien, mis queridos niños, los padres tuvieron buen cuidado en responder á esta invitación.

Los niños fueron restituidos á escepcion de tres, Julio, hijo de la princesa Albertini, y Bianco y Mosé, ambos huérfanos y herederos de un gran caudal, como ya os he dicho.

Entonces Testalunga estaba ausente, y su teniente Fragnard, movido quizás de la hermosura y de la gracia sencilla de aquellas tres jóvenes criaturas que prometían á la Italia tres caballeros de los mas cumplidos, tomó sobre sí la responsabilidad de retardar la muerte de ellos.

Cuando Testalunga volvió, arqueó las cejas, lo que al decir de su gente era una prueba de gran descontento; y subiéndose en una roca de las mas elevadas, dió orden que le llevasen los tres prisioneritos.

Se presentaron. Mentiría si os dijese que no tenían miedo; ay! temblaban con todos sus miembros aquellos tiernos niños.

A su vista, Testalunga se quitó de la boca una pipa muy bella, y dirigiéndose á Julio, le dijo en tono truanesco:

—Ah! ah! Julio, parece que tu madre la altiva y la rica princesa Albertini ha preferido comprarse una joya que realce su hermosura, á pagar el precio del rescate de su hijo.

—No insultes á mi madre, cobarde saltador, dijo Julio; y animado por la indignación, se atrevió á mirar al jefe como para desafiarle; mas pronto cambiando de tono, exclamó: tú eres el hermano Esterno.

—Poco antes á tu servicio, dijo Testalunga.

—Y ahora?... dijo Julio.

—Ahora tú estás al mio, replicó el jefe recobrando su gruesa voz.

—Insolente, exclamó Julio mostrándole su puño, que Fragonard cogió al punto entre una de sus anchas manos, amenazándole con el puñal que tenía en la otra.

—Deja, Fragonard, dijo Testalunga con cierta indiferencia; por mi vida, el rapaz tiene corazon; pues bien, tanto mejor! vamos á ver si su audacia no se debilita ante los preparativos de su suplicio.

Pálido, mas con una noble entereza pintada sobre su frente infantil, respondió Julio friamente:

—No temo la muerte: mi padre era valiente, soy su hijo; moriré quizás como él de una bala enemiga, en tanto que tú y los tuyos no acabareis sino á manos del verdugo.

—Por Baco! dijo Testalunga, eres un gracioso profeta, mas que profetizas falsamente por lo que hace á tí; porque leyendo en lo futuro no has visto que Fragonard iba con su gran sable á cortarte la cabeza y la de tus camaradas.

Fragonard, oyendo estas palabras, desenvainó su sable, y se entretuvo en esgrimirlo por encima de aquellas tres cabezas rubias.

—Por cuál he de empezar, capitan? dijo Fragonard con ferroz alegría.

—Por la tuya, dijo Julio con firmeza.

—Es valiente, dijo Testalunga sonriéndose, y manda como si estuviese en el palacio de su madre; pero si yo dijese que se principiase por la tuya?

—Eso es lo que te guardarás bien de hacer, dijo Julio.

—Y por qué así, mi bello príncipe Albertini?

—Porque mi cabeza te traerá, estando sobre mis hombros, mas dinero que si la cortas.

—Es verdad, mas como la misma consideracion no debe detenerme respecto á tus amigos, que su tutor dejará perecer para heredarlos.... Fragonard....

—Por S. Antonio, Testalunga, guárdate de tocar á mis camaradas! interrumpió con viveza Julio lanzándose sobre el sable de Fragonard: yo respondo de su rescate y del mio: hermano Esterno, escribe á mi madre, y fija la suma.

Bianco y Mosé estaban callados: el terror paralizaba sus lenguas.

El capitan se levantó, tiró su pipa, que se rompió al caer sobre la roca.... Luego, con gran sorpresa de Fragonard, le mandó que envainase el sable.

Al mismo instante la roca se llenó de bandidos que acudían trepando por todos lados.

—Capitan, dijo el que marchaba á su frente, el saqueo del convento ha hecho ruido: se nos busca; hemos determinado ir á servir al príncipe Murat, si quiere perdonarnos; quereis mandarnos siempre?

—¿Quién lo duda? respondió el capitán levantando su espada en el aire.

—Vamos, marchemos.

—Y esos niños? preguntó Fragonard.

Los niños volvieron á empezar á temblar mirando á Testalunga.

—Todo hombre no tiene mas que una palabra, dijo Testalunga; he prometido esperar la contestacion de la princesa Albertini.

—No habiendo regresado hasta anoche á Roma, dijo el que capitaneaba á los bandidos recién llegados, ha encontrado tu carta, capitán: ella cree su hijo muerto, y se muere tambien en este momento.

—Mi madre se muere! exclamó Julio, y vino á ponerse de rodillas á los pies del capitán. Mi madre se muere! oh! vuélveme la libertad, hermano Esterno, vuélveme mi libertad! Cuánto quieres, habla, cuánto quieres?

—Todos los diamantes de tu madre, que valen mas de cien mil escudos.

—Los tendrás.

—Mil luises de oro pará mí.

—Los tendrás.

—Y cien escudos para cada uno de los de mi tropa: son ciento cincuenta.

—Los tendrás: déjame partir.

—No por cierto; cuando los tome partirás.

—Oh, madre mia! pobre madre mia! Si me tardo una hora no la encontraré ya viva. Testalunga, dijo levantándose y recordando su firmeza, déjame partir: un hombre no tiene más que su palabra, tú acabas de decirlo, te doy la mia que esta noche á media noche estaré en la ermita de la virgen con lo que pides.

—Y sin duda acompañado de otros bien armados, dijo el capitán.

—Te doy mi palabra de honor que estaré allí solo, y puedes confiar en mi silencio.

—Quién me responde de eso?

—Luego tú no crees en el honor, exclamó Julio en tono de desesperacion.

—Sí.... dijo el capitán despues de un momento de reflexion, y además tus camaradas me responderán de tu exactitud. Uno de los míos vá á conducirte con los ojos vendados hasta la ermita. Marcha.... esta noche á media noche, ó por S. Antonio á la una no existirán ya tus amigos.

—Sea! ó madre mia, mi querida madre! voy á volverte á ver, dijo Julio presentando su bonita cabeza, sobre la cual pusieron un pañuelo de color que le cubrió la vista.

Ay, niños míos, era muy cierto lo que había dicho el bandido, la princesa Albertini estaba en Florencia cuando la carta de Testalunga llegó á Roma; solo quince días despues se encontró con ella, y creyendo muerto su hijo, la pobre madre se moria tambien.

Rehusando todo alimento, se abandonaba á la desesperacion mas profunda, cuando de improvise unos gritos de alegría la arrancaron á la apatía en que la había sumido el pesar: los gritos se acercan; una voz los domina: ella escucha.... cree reconocer.... la mas viva ansiedad se pinta sobre sus facciones. Estas palabras, *mamá! mamá!* llegan muy pronto hasta su corazon.

—Eres tú, ciertamente eres tú, decia palpando con sus manos, los ojos llenos de lágrimas, las manos, la cara, y el pelo de su hijo.

—Sí, yo soy, dijo el niño afectado, pero dominado por una fuerte preocupacion. Mamá te se devuelve tu hijo, no mueras; mas dá pronto tus diamantes, mil luises de oro y ciento cincuenta veces cien escudos.

—Diávolo! y que quieres tú hacer con todo eso? preguntó el duque de Belmonti, hermano de la princesa, y segundo tutor de Julio.

—Pagar mi rescate, dijo Julio, y contó á su madre y á su tio lo que le había ocurrido sobre la roca, que ya sabeis, niños míos.

—Diávolo! diávolo! voy ahora mismo á avisar á la policía, y que prendan á esos malvados.

—Poco á poco, dijo Julio, la vida de mis camaradas depende de mi silencio; y cuando tambien esos bandidos tienen mi palabra de honor, no procuraré hacerles mal.

—De honor por cierto se trata aquí con esa gente, dijo el tio.

—Si no se trata del suyo, es del mio, tio mio, y cumpliré mi promesa, dijo Julio con firmeza, que su madre no había visto en él hasta entonces.

—Sí, sí, mi Julio, tú cumplirás tu palabra, dijo la princesa, sin dejar de abrazar y mirar sin cansarse á su hijo.

—Qué! hermana mia, dijo el duque, vas á enviar tan gran suma á esos bandidos?

—Si hubiesen pedido toda mi fortuna, la habrian tenido, hermano mio.

—Y este niño irá solo á media noche á la cita?

—Irá, dijo la princesa.

—Y no desconfias?...

—De quién, hermano? de un hombre que me ha devuelto mi hijo? ah! Si quisiese mi vida la tendria actualmente.

—A Dios gracias, poco es lo que exige, dijo Julio; pero entregádmelo pronto, mamá, venga, que ya es hora de partlr, y Bianco y Mosé me esperan.

—Y no tendrás miedo, Julio, le preguntó el tío.

—Miedo de qué, tío mío? preguntó el joven príncipe admirado.

—Bien respondido, hijo mío, dijo la princesa levantándose y yendo á su escritorio: toma, estos son mis diamantes; toma dos mil luises de oro; marcha, vuelve pronto, pues no viviré mientras no vuelvas. Espera, todo eso es demasiado peso para ti; voy á hacer que ensillen tu caballito.

El caballo estuvo pronto ensillado; Julio acostumbraba montar en él, y su madre sabía que no corría ningun peligro; así, que el gineté lo espoleó y arrancó á galope.

Un cuarto de hora despues el capitán estaba en su presencia, y Bianco y Mosé en sus brazos.

—Tomad, dijo á Testalunga, estos son los diamantes; estos son dos mil luises; mirad, contarlos para ver si está completo.

Pero lejos de adelantarse para recibir aquellos objetos, el capitán retrocedió.—Esta es la vez primera que me avergüenzo del oficio que ejerzo, dijo poniéndose la mano sobre sus ojos.

Sin escucharlo, Julio puso los objetos sobre la piedra que servía de pedestal á la imágen, y se retiró apresuradamente agarrado del brazo de sus amigos, y llevando el caballo del diestro.

Tres años despues, un hermano de un convento de carmelitas vino á rogar á Julio, que entonces tenía ya quince años de edad, tuviese á bien seguirle á ver un moribundo que tenía una restitucion que hacer.

Julio condescendió con sus deseos; fué al convento, y tuvo bastante dificultad en reconocer, tendido en una estera de paja, las facciones pálidas y ajadas del atrevido vandolero Testalunga. El dinero se había gastado; mas los diamantes, todavía intactos, fueron devueltos por él á Julio, suplicándole le perdonase.

El joven príncipe apretó la mano del bandido, y derramando una lágrima sobre aquel hombre que el vicio había degradado, y conducido al sepulcro todavía joven, le dijo con bondad mostrándole el cielo: *A todo pecador arrepentido concede Dios misericordia.*

HISTORIA SAGRADA.

(CONTINUACION DE LA HISTORIA DE SAUL.)

II.

DESOBEDIENCIA DE SAUL.

ALGUN tiempo despues de la victoria conseguida por Saul contra los Philisteos, Samuel se presentó á Saul y le dijo:

— «Yo soy el que el Señor envió para consagraros rey de Israel: escuchad las órdenes del Todopoderoso.

» Hé aquí lo que dice el Señor: he recordado todo lo que Amalec hizo en otro tiempo en Israel, y como se opuso á su paso cuando salía de Egipto. Marchad en su contra, derrotadle, y destruid todo lo que le pertenezca. No tengais piedad, matad á todos, lo mismo á los hombres que á las mujeres, hasta los niños de pecho, y no dejéis nada de lo que les pertenezca.»

Al momento reunió Saul á su gente, y se puso á la cabeza de doscientos mil infantes y doce mil caballos de la tribu de Judá.

Avanzó en seguida hácia la ciudad de Amalec, y se puso en emboscada á lo largo del torrente. Los Amalecitas fueron puestos en huida y pasados á cuchillo, cayendo prisionero su rey Agag.

Saul le conservó la vida, y no queriendo el pueblo perder el botín que habia hecho, se quedó con todo lo que se le antojó.

Entonces dijo á Samuel el Señor:

— «Me arrepiento de haber hecho rey á Saul, porque me ha abandonado, y no ha ejecutado mis órdenes.»

A la mañana siguiente Samuel se levantó antes del día y fué á buscar á Saul; pero le dijeron que se hallaba en el monte Carmelo, donde habian levantado un arco triunfal.

En seguida bajó hasta Galgala, y ofreció al Señor las primicias del botín que habia traído de Amalec. Samuel se acercó á aquel sitio, y Saul le dijo:

— «Dios os bendiga: ya he cumplido sus órdenes.»

— Entonces de dónde proviene ese ruido de bueyes y ovejas que oigo aquí, y que resuena en mis oídos?

— Han sido traídos de Amalec; porque el pueblo ha respetado lo mejor para inmolarlo á Dios. Lo demás ha perecido.

— El Señor no pide víctimas y holocaustos; quiere que se le obedezca. La obediencia es mejor que cualquier sacrificio; y mas vale seguir sus preceptos que ofrecerle las ovejas mas gordas. De consiguiente, puesto que no habeis obedecido la palabra del Señor, conservando la vida á Agag, y reservando parte del botín, no quiere que seáis ya rey.

— He pecado por temor al pueblo, y por el deseo de contentarle. Pero os ruego que vengais conmigo á adorar al Señor.

— No, Dios os rechaza, y no iré.

Al mismo tiempo Samuel se volvió como para irse; pero queriendo detenerle Saul, lo cogió por un pico de la capa, que se desgarró.

— «Hoy ha roto el Señor el cetro de Israel, dijo Samuel: es lo quita de la mano para dálo á otro que valga mas.

— He pecado, pero acatadme delante de los ancianos de mi pueblo y de Israel. Volveos, á fin de que adore al Señor vuestro Dios.»

Después Samuel hizo que condujesen á Agag á donde él estaba, y le mató en el altar del Señor.

III.

DAVID Y JONATHAS.—ODIO DE SAUL.

La victoria alcanzada por David lo dió á querer al pueblo de Israel. Saul no quiso que volviese á la casa paterna, y Jonathás se hizo su amigo, profesándole un afecto entrañable y verdadero.

El rey le dió el mando de una parte de su ejército de tierra, y oficiales y soldados le tomaron cariño.

Cuando volvió después de la muerte de Goliath, todas las mujeres de Israel salieron á recibir al rey Saul, cantando y danzando, espresando su alegría con el ruido de los tambores y de los tímbrals.

En sus canciones decian:

—«Saul ha muerto á mil de nuestros enemigos, pero David ha muerto á diez mil.»

Estas palabras ajarón el amor propio del rey, y desde entonces cesó de manifestar su afecto á David.

Al día siguiente, como el espíritu maligno enviado por el Señor se apoderase de Saul, David cogió su arpa, y tocó como de costumbre. El rey tenia la lanza en la mano, y quiso traspasar con ella al jóven; pero él evitó el golpe hurtando el cuerpo por dos veces.

Saul conoció en esto que el Señor protegía á David, y lo alejó de su lado, dándole el mando de mil guerreros, y enviándoles á pelear contra los enemigos.

Algun tiempo después le dijo Saul:

—«Ya conoces á Merob, mi hija mayor; quiero dártela en matrimonio para alentar tu valor á fin de que pelees en servicio del Señor.»

Pero Saul se decia á sí mismo: «yo no le mataré por mi mano; deseo que sucumba á los golpes de los philisteos.»

Cuando llegó el tiempo fijado para el matrimonio, Saul, en vez de conceder á David su hija Merob, la dió á Habriel Malathita.

Supo el rey que Michol, su segunda hija, tenia alguna inclinacion á David, y prometió dársala en matrimonio, si le llevaba una prueba cierta de haber muerto á doscientos philisteos, esperando que sucumbiría en esta empresa.

David aceptó la condicion que le imponia, y volvió bien pronto llevando á Saul las pruebas que deseaba.

Obligado el rey á darle su hija en matrimonio, se aumentó su odio, y creció de día en día.

—Habiendo los philisteos salido otra vez á campaña, el nombre de David se hizo célebre á causa de la buena conducta y del valor que mostró en aquella guerra.

Esta celebridad, con tanta honra adquirida por el jóven guerrero, llevó la aversion que le tenia Saul hasta el último grado. Así es que convocó á sus oficiales, y en presencia de Jonathás les indujo á que matasen á David.

Jonathás avisó á su amigo el proyecto del rey, diciéndole:

—«Mi padre quiere matarte, con que mantente firme, y ocúltate mañana en un sitio secreto donde no puedan descubrirte. Yo saldré con mi padre, le hablaré de tí, y vendré en seguida á decirte todo lo que sepa.»

Jonathás buscó á Saul y le dijo:

—«No hagáis daño á David, vuestro servidor, porque lejos de obrar mal con vos os ha prestado grandes servicios, esponiéndose á un peligro que nadie queria arrostrar, y salvando á Israel con la muerte de Goliath. Vos presenciasteis este hecho que os llenó de alegría: por qué pues quereis cometer un crimen, derramando la sangre de un inocente, la sangre de un hombre á quien debeis la vida?»

Saul pareció que se aplacaba escuchando á Jonathás, y aun exclamó:

—«Vive el Señor!, te prometo que no morirá.»

Jonathás fué á buscar á David, le contó lo que habia pasado entre su padre y él, y despues lo presentó de nuevo á Saul, quien lo dejó á su lado como antes.

A poco volvió á comenzar la guerra, y David marchó contra los philisteos, á los cuales batió, dando muerte á un gran número, y haciendo huir á los demás.

Cuando volvió, el espíritu maligno se apoderó de Saul. David cogió el arpa y tocó para calmarle; pero el rey procuró matarle con la lanza, y entonces huyó salvándose por aquella noche.

Saul envió á sus guardias para que penetrasen en su casa y le diesen muerte; pero Michol avisó á su marido, diciéndole:

—«Si esta noche no te pones en salvo, mañana vendrán á matarte.»

Y le ayudó á que saliese por una ventana, y pudiera escaparse.

Tomó en seguida una estatua, cubrió su cabeza con una piel de cabra que aun tenia el pelo, y la tendió en la cama de su esposo.

A la mañana siguiente se presentaron los guardias para prender á David, y les respondieron que estaba malo.

Saul envió á otros soldados con órden de que le viesen, y le condujesen en el lecho, á fin de darle muerte.

Pero solo encontraron la estatua que Michol habia puesto.

El rey reprendió á su hija por la astucia de que se habia valido para salvar á su esposo, el cual se retiró á Naioth, cerca de Ramatha.

Jonathás fué á buscarle á su retiro, y le prometió le avisaría lo que hubiese, dándole parte de las intenciones del rey.

Pero el odio de Saul no se habia aplacado, y para evitar sus efectos, David se fué á casa del gran sacerdote Achimelech, despues á la de Achis, rey de Geth, y en fin, se refugió á la caverna de Odollam, donde se le unieron sus hermanos y todos los criados de su padre, encontrándose á poco á la cabeza de unos cuatrocientos hombres. Entonces le dijo el profeta Gad:

—«No permanezcais en este sitio; salid de él y encaminaos á la tierra de Judá.»

David partió, y se dirigió á los bosques de Harel. Cuando supo Saul que se hallaba en este sitio, convocó á sus oficiales y les censuró porque no le habian dicho lo que hacia David.

Uno de ellos le respondió que le habia visto en casa del gran sacerdote Achimelech, que le dió para que se armase la espada de Goliath.

Saul dió muerte al gran sacerdote, y á ochenta y cinco hombres vestidos con la túnica de lino, destruyendo la ciudad de Nobé, y pasando á cuchillo á todos los habitantes, incluso los niños.

Abiathan, hijo del gran sacerdote, se libró de la carnicería, y fué á juntarse con David, quien aseguró defenderia su vida con peligro de la suya propia.

Despues, como supiese David que los Philisteos atacaban á Ceila, marchó á su encuentro, los derrotó y salvó á los habitantes de aquella ciudad, donde permaneció algun tiempo; pero se vió obligado á alejarse, porque Saul tenia el proyecto de ir á sorprenderle.

Se retiró al desierto á los bosques para librarse del rey que le perseguía.

Los habitantes de Ziph fueron á Gabaa en busca de Saul, y le dijeron:

—«¿No sabeis que David está oculto entre nosotros, en el sitio mas espeso del bosque, hácia la colina de Achila, que se halla á la derecha del desierto? Si deseais hallarle, venid con nosotros, y os lo entregaremos.»

—Benditos seais, exclamó el rey, vosotros que os compadeceis de mis males! Partid al momento y buscadle con precaucion, porque sospecha que le observe y siga sus huellas. Luego que hayais descubierto el sitio en que suele ocultarse, volvereis á decírmelo, y entonces iré con vosotros, y le encontraré, aunque para ello tenga que bajar al centro de la tierra.»

Un dia que se hallaba en su persecucion, entró en la caverna profunda á donde David y su gente acababa de retirarse.

Los soldados de David le instaron á que se vengase de su perseguidor; pero se contentó con cortar un pico de la vestidura que llevaba Saul, diciendo á sus soldados:

—«No, no le daré muerte, porque es nuestro dueño, y Dios le ha elegido entre todos para que nos mande.»

Se opuso pues á sus designios, y consiguió que lo dejaran salir de la caverna.

David le siguió algunos pasos, y despues lo llamó:

—«Mi rey y señor.

Saul volvió el rostro.

David se inclinó profundamente, y le dijo:

—«Por qué ois las palabras de los que os dicen que David sólo espera la ocasion de perderos? Ya lo veis, si hubiese tenido malos designios, hoy hubiera podido ejecutarlos, porque el Señor os ha puesto en mis manos; pero me he opuesto á la violencia de mi gente, porque sois mi señor y jefe.»

Saul al oirle, vertió algunas lágrimas, y le contestó:

—Eres mas justo que yo, pues en recompensa de tanto bien como me has hecho, yo te he pagado haciéndote cuanto mal he podido. Dios premie tu generosidad; y puesto que estás destinado á reinar en Israel, júrame que no destruirás mi raza.»

David prestó el juramento, y se retiró con su gente á los sitios mas seguros, mientras Saul daba la vuelta á su casa.

Por aquel tiempo falleció Samuel, y fué enterrado en Ramatha.

LA PIEDAD FILIAL.

EN una erupcion del Etna, despues que el fuego derribó todos los obstáculos, rompiendo cuantos diques se oponian á su paso, salió con impetuosidad, esparciendo en todas partes el asolador torrente la ruina y la desolacion. Las mieses y los terrenos cultivados del contorno, las casas, los bosques y las colinas cubiertas de verdura, todo era presa de aquel terrible elemento, siatiéndose á poco conmovida por un temblor de tierra Catana, donde no tardaron las llamas en penetrar. Todos procuraron entonces, segun su fuerza y su valor, arrancar sus riquezas á la violencia del fuego: uno gemia bajo la pesada carga de su dinero; otro, en su turbacion, empuñaba las armas, como para combatir contra el elemento; este, agobiado con el peso de sus tesoros, tal vez adquiridos por medio del crimen, no podia dar un paso, en tanto que el pobre corria con gran presteza: cada uno, en fin, huia llevándose sus prendas mas preciosas; pero todos no podian salvarse; y el fuego devoró á los que eran mas lentos en huir, y á los que habia retenido una sórdida avaricia. Los que creian haber escapado al furor del incendio eran alcanzados por él, y en un mo-

mento perdian las riquezas que habian robado, ó el fruto de sus afanes, porque solo perdonó la llama á los que estaban animados de la piedad.



El Etna.

Ya el fuego habia ganado las casas inmediatas á la de dos valientes mancebos, cuando estos, hermanos por cierto, y uno de los cuales se llamaba Anfinones, vieron á su padre y á su madre, que, aunque agobiados por la vejez y las enfermedades, se habian arrastrado hasta la puerta de su casa, donde apenas se sostenian. Los hijos corrieron á ellos, los tomaron en brazos, y conocieron que se aumentaban sus fuerzas con aquella preciosa carga, con la cual marchaban por en medio de las llamas, como si el fuego les hubiese prometido respetarlos. Así es que aunque el incendio ejerció por do quiera su furor, los dos hermanos atravesaron todas las llamas como en triunfo, y escaparon el uno detrás del otro con su piadosa carga, llegando á lugar seguro sin la menor lesion.

Los poetas han cantado en su loor, y hecho célebres los dos hermanos. Siracusa y Catana se disputan en el dia el honor de haberles dado vida, habiendo ambas poblaciones dedicado templos á la piedad filial, en memoria de este suceso, que ha pasado á la posteridad consignado en la historia.